

# Carreras técnicas, selectividad y democracia

J. A. VALTUENA

**FRECEN** los métodos selectivos de acceso a la Universidad iguales oportunidades a todos los aspirantes o contribuyen más bien a mantener una discriminación contra los estudiantes de las clases menos favorecidas?

Pero quizá habría que plantearse antes el problema de la conveniencia de la selectividad. Es evidente que ciertas carreras, la Medicina en particular, no pueden cursarse sólo a base de conocimientos teóricos y que es una vergüenza, con la que nuestro país debe terminar, que un médico finalice sus estudios sin haber suturado una herida ni asistido a un parto, y ello no por falta de deseos, sino por la brutal inadecuación de los medios prácticos puestos a disposición del alumno de Medicina.

Resulta así que el médico de avanzada, es decir, el que ejerce en el medio rural o en un ambulatorio, está perdiendo todo prestigio profesional porque ha reducido su función a la de expendedor de volantes o recetas, enviando sus pacientes "dificiles" bien al hospital o bien al especialista, según las necesidades. No cabe duda de que hay médicos —por fortuna una minoría— que se acomodan a esta absurda situación y que consideran que es preferible ejercer sin grandes responsabilidades. Pero la mayoría se sienten frustrados y estiman que la insuficiente formación que recibieron en las Facultades es absolutamente culpable de sus males.

Ese fallo de la Medicina de primera línea es un importante factor que contribuye a agravar la insuficiencia de camas hospitalarias que sufre España. Muchos enfermos acuden a los hospitales —porque lo exigen de su médico o porque éste los envía— con problemas que podría resolver un médico general con una correcta formación. Se ha creado así un círculo vicioso difícil de romper: los pacientes confían poco en sus médicos rurales o de

ambulatorio y a todo trance quieren ir a los hospitales, y éstos se ven obligados a resolver con creciente frecuencia problemas que corresponden por entero a la Medicina extrahospitalaria.

Creo, pues, que la selectividad en Medicina y en todas las carreras con un gran componente práctico debe basarse en las posibilidades que tienen las Escuelas y Facultades para dar una formación idónea y en modo alguno en el deseo de restringir la entrada de alumnos para mante-

ner situaciones más o menos privilegiadas. Pero, ¿quién ha de fijar la capacidad formativa de una Facultad o Escuela Técnica? El claustro de profesores puede y debe formular las protestas correspondientes, pero la responsabilidad final incumbe al Ministerio de Educación y Ciencia, que puede contar para facilitar su decisión con toda una serie de parámetros establecidos por prestigiosas entidades internacionales (número de camas, de microscopios, de profesores auxiliares, etcétera, por alumno).

En esta tarea de fijación de la capacidad docente no deberían intervenir los colegios ni los sindicatos profesionales, que, por muy honestos que sean, siempre tenderán a defender los intereses de la clase a la que justamente tienen la misión de proteger. Se ve con harta frecuencia que la selectividad es defendida o atacada según la posición de quien se ocupe de ella; el bachiller la combate, mientras que el alumno universitario o el profesional suelen defenderla..., éste hasta que tiene hijos que desean entrar en la Universidad y seguir la carrera del padre.

También se podría seguir un sistema más complejo y sin duda más justo: fijar las necesidades de médicos, ingenieros, etcétera, del país y hacer de modo que la Universidad esté en condiciones de cubrir esas necesidades con profesionales debidamente formados. Verdad es que la fijación de la demanda, incluso a corto plazo, no es tarea fácil y exige el empleo de criterios estrictos y realistas. En el caso concreto de los médicos se afirma a menudo que en España no hay problema de exceso porque el Mercado Común nos abrirá pronto sus puertas y los médicos españoles podrán ejercer donde les plazca. No saben los que tal afirman que en los países europeos existen ya cientos de médicos españoles —muchos de ellos con numerosos años de residencia— y que sólo una ínfima minoría ha recibido autorización para ejercer fuera de instituciones hospitalarias. Ni por un momento puede suponerse que los profesionales europeos se dejarán invadir por sus colegas españoles, incluso aunque éstos lleguen a poseer una formación de base equivalente, cosa que, hoy por hoy, está muy lejos de suceder.

## Método de selectividad

Una premisa primordial es eliminar los exámenes como instrumento de selectividad. El Ja-



La enseñanza de la Medicina, y en general de todas las carreras predominantemente técnicas, tiene imperativos que respetan todos los países preocupados seriamente por la salud de sus poblaciones.

pón es el país que ha llevado más lejos el empleo de los exámenes para el acceso a la Universidad, creando un sistema docente en el que todo va orientado a pasar del mejor modo esas pruebas. Para preparar a los alumnos se han creado escuelas especiales, que a su vez exigen exámenes de ingreso, y los hoteles de las ciudades universitarias ofrecen "planes para los exámenes", en los que el precio incluye dos comidas diarias de "fácil digestión" y el acceso a una sala de estudios dotada de "diccionarios, sacapuntas eléctricos, té caliente y refrescos". También se incluye la posibilidad de hacer pintadas en la sala para aliviar la tensión del estudiante. Puede citarse como anécdota que el creador de esos planes hoteleros fue Yonetaro Otani, vendedor de aguardiente, que ni siquiera cursó la segunda enseñanza.

El método de selección ha de ser de una limpieza absoluta y ha de explicarse claramente a los interesados. La igualdad de oportunidades debe interpretarse en el sentido de que todos los aspirantes tengan iguales posibilidades de ser admitidos en la Universidad, pero no en el sentido de que todos deban entrar.

Por no enfrentarse con los estudiantes preuniversitarios, y esto no sucede sólo en España, sucesivos Gobiernos han abierto las puertas de la Universidad a todos los aspirantes, pero con ello no han hecho más que desplazar el problema. En lugar de encontrarse con una oposición radicalizada de adolescentes, se han encontrado frente a frente con universitarios que tienen un título, que tampoco les ha sido fácil adquirir, pero que no tienen trabajo. Italia cuenta ya con más de un millón de licenciados en situación de paro o subempleo, pero España marcha raudamente hacia esa situación si no se arbitran pronto las medidas oportunas.

Sólo hay una solución radical: seleccionar a los alumnos basándose en su expediente de segunda enseñanza. No se me escapa que esta propuesta tiene en España una desventaja decisiva, que es la existencia de un número elevado de colegios privados, que cuanto más caros son más interés tienen en conservar al alumno a cualquier precio, dándole, por ejemplo, excelentes notas en biología o matemáticas si ello ha de facilitar más tarde su

ingreso en la Facultad de Medicina o en la Escuela de Arquitectura. Así, pues, las calificaciones recibidas en la Enseñanza Media sólo podrían tomarse en consideración en el caso de alumnos que la han cursado en centros oficiales. El resto no tendría otra solución que pasar unos exámenes, como los que hoy se hacen a los españoles que han seguido estudios secundarios en el extranjero, para demostrar si sus conocimientos correspondían a sus calificaciones. A largo plazo, la solución ha de consistir sin duda en la progresiva absorción de la enseñanza privada por la oficial, o por lo menos en la existencia de un control muy severo de la primera que impida la existencia de las calificaciones de favor.

Claro es que una selección esencialmente objetiva, como la que propongo, debe ir acompañada de un generoso sistema de becas, de modo que no quede en las puertas de la Universidad ningún alumno con capacidad para entrar en ella. Es necesario, además, que el método de selección huya de todo subjetivismo, como es el de la entrevista con un profesor, en la que el alumno no suele contestar lo que él quiere, sino lo que estima que va a agradar a su entrevistador.

Hay que plantearse también el problema de los rechazados, de todos los que han cursado los estudios secundarios con la idea de entrar en la Universidad y que se encuentra después con sus puertas cerradas. Para ellos habría que arbitrar, como ya se hace en ciertas Universidades, una prima a la perseverancia; esto es, el alumno que se presenta por segunda vez a las pruebas de acceso recibe por ese solo hecho una nota adicional que le facilita la selección. Además es indispensable vigorizar las profesiones de tipo medio, incluso haciéndolas universitarias, y facilitar el paso de sus graduados a las carreras superiores.

En todo caso, lo que importa es poner de inmediato manos a la obra e impedir que la Universidad siga deslizándose por la pendiente de la mediocridad y del "laissez faire".

En lo que respecta a la pregunta formulada en el título, sólo pueda contestarse afirmativamente cuando la selectividad está basada en criterios objetivos y muy claramente enunciados, de modo que sirva a los intereses del país y no a los de una minoría. ■ (Foto OMS)



RIC-RIC



RIC-RIC